

Madrid, año 1607.

Estaba anocheciendo y las calles comenzaban a llenarse de oscuridad. Había un silencio sepulcral, que sólo se interrumpía con el sonido de la leve brisa de abril que arrastraba pequeñas hojas. Sin embargo, en una casa algo vieja y deteriorada, se podía escuchar el estridente sollozo de una mujer sentada en su cocina iluminada por una sola vela a punto de consumirse, junto a una botella de ron vacía. Aquel llanto consiguió despertar a la hija de Carmen, una niña de 10 años, que acudió corriendo preocupada.

-¿Qué ocurre, madre? – preguntó la niña con un hilo de voz.

En seguida Carmen se limpió la cara e intentó sonreír para tranquilizar a su hija.

-Verás, querida María...- levantó los ojos hacia el techo, conteniendo las lágrimas para continuar hablando- ya sabes que tu padre se tuvo que ir para protegernos a todos porque España está en guerra... -sonrió con tristeza y la sentó en su regazo- resulta que tu padre estaba en Gibraltar, luchando como un héroe, luchando por nosotras, María... pero la gente mala atacó el barco donde estaba él y...

Ya no pudo hablar más. Los efectos del ron se mezclaron con la profunda tristeza y desesperación de una mujer que se había quedado viuda, con una hija a la que alimentar y cuidar en una sociedad donde la mujer no servía para trabajar ni podía conseguir dinero.

María, que para su corta edad había entendido lo poco que le acababan de explicar, tampoco sabía qué decir. Se volvió a poner de pie e intentó abrazar a su madre, pero al mismo levantarse del regazo, Carmencayó rendida encima de la mesita donde estaba apoyada la vela, y entre más lágrimas y palabras que ni María ni nadie conseguiría descifrar por culpa del alcohol, quedó dormida. La niña observó la escena durante un minuto y, como si durante ese minuto hubiera procesado toda la información de golpe; que su padre había muerto, que su madre no era lo suficientemente fuerte para mantenerlas vivas, que estaba sola y que nadie le iba a ayudar en aquel lugar donde era normal perder hombres en guerras que sucedían durante todo el año, salió corriendo de su casa. Corrió y corrió, hasta que su corazón palpité a tal velocidad que se le salía del pecho y sus pies sangraban por culpa de piedras y cristales rotos del camino. Cuando quiso darse cuenta estaba en un bosque perdida en mitad de la noche, y cansada en cuerpo y alma, se tumbó junto a un árbol.

-¿Por qué el mundo es así?- -¿Por qué los hombres se tienen que estar matando por razones estúpidas?- No existe ninguna razón lo suficientemente fuerte como para querer matarse los unos a los otros. ¡No, no, no!- gritaba desconsoladamente entre lágrimas- Ojalá... Ojalá hubiera nacido en otro tiempo, en otro mundo, un mundo futuro donde las personas hayan aprendido a quererse tanto como se querían madre y padre... Y que no se hagan daño. Un mundo que merezca la pena... por favor...-poco a

poco el cansancio pudo con María y se quedó dormida abrazada a algunos matorrales que había cerca de aquel árbol.

Un fuerte ruido despertó a la niña de golpe. Sobresaltada, intentó incorporarse, pero al ponerse de pie y abrir los ojos todo lo que vio hizo que volviera a caer al suelo. Al caerse hacia atrás se golpeó en la cabeza con algo duro. Ya no estaba en aquel bosque alejada de las pocas casas que había en su pequeña ciudad. Se encontraba junto a la gran fuente de Cibeles. Se había despertado en la misma ciudad, pero en distinto tiempo. Delante de ella miles de coches cruzaban de un lado a otro a toda velocidad. Se escuchaban pitidos, gritos... Todo aquello que se oía era Madrid despertando.

María no daba crédito a lo que estaba sucediendo ante sus ojos, se le aceleró el corazón, y en un arrebato, volvió a salir corriendo hacia cualquier sitio alejado de todo ese ruido. Tuvo que esquivar varios coches que pasaron a su lado acompañados de chillidos porque había pasado en medio de la avenida. Corrió hasta llegar a un callejón sin salida y allí, otra vez descalza y sin aliento, se sentó al lado de unos cubones como escondiéndose de algo que le estaba persiguiendo. "¿Pero qué clase de monstruos eran esos que echan fuego negro por la boca?" se preguntaba la pequeña. Miró hacia el cielo pero sólo pudo ver enormes edificios que lo tapaban todo.

-¿Dónde estoy? ¿Es esto el infierno? Pero si yo no soy de los malos...- se preguntaba en voz alta así misma.

-No cariño, estás en Madrid, aunque a veces viene a ser lo mismo.- le contestó una voz suave. Era una muchacha joven, había ido a bajar la basura a los cubones y había visto a aquella niña hablando sola.

-Dime pequeña, ¿te has perdido? ¿Dónde está tu mami?

-Madre dice que no hable con desconocidos, que me pueden hacer cosas malas.

-Muy bien, pues yo me llamo Natalia, y tú... Pareces perdida y cansada, ¿tienes hambre?

Pero no hubo respuesta. María estaba demasiado desconcertada y por su cabeza sólo pasaban miles de preguntas. Entonces recordó su deseo. Anoche había pedido vivir en otro mundo, futuro y mejor, pero...

-Por favor cielo, no te puedo dejar aquí sola y tengo que subir ya a mi casa porque estoy cocinando. Te ayudaré a encontrar a tu madre, y te daré de comer, eres una niña muy lista haciendo caso a tu mami porque hay mucha gente con malas intenciones pero te prometo que yo no soy de los malos, ¿vale?- le ofreció la mano.

La voz de Natalia consiguió tranquilizarla.

-Me llamo María-y aceptó ir con ella.

Pronto se dio cuenta de que sus pies habían llegado a su límite y ya no podía caminar más porque estaban llenos de heridas. La joven se percató y decidió tomarla, María, al sentirse abrazada y querida aunque sólo fuera durante unos minutos, rompió a llorar intensamente mientras abrazaba a Natalia rodeándola con los brazos. Por fin le daban el consuelo que tanto buscaba.

Una vez entraron a la casa, Natalia dejó a la pequeña en el sofá que estaba delante de la televisión. María observaba todo con los ojos muy abiertos.

-¿Y tú vives aquí? ¿Y de qué está hecho esto dónde estoy sentada? ¿Y qué clase de caja es esa de ahí delante?- las preguntas salían disparadas

-Pequeña parece que vienes de otro mundo- sonrió con dulzura- tal vez estés demasiado cansada y hambrienta, te traeré algo de comer.

Mientras preparaba un sándwich de jamón york y queso dejó encendida la televisión para que María pudiera entretenerse. "Que niña tan rara... tal vez sea como las que salen en los programas que nunca han vivido en sociedad. O tal vez la hayan adoptado de alguna tribu, a saber... Lo que importa es que ahora está sola y necesita ayud..."

-¡Quítalo, quítalo, quítalo!

Un grito que provenía del salón donde estaba María hizo que la joven saliera corriendo a ver qué ocurría. Al salir vio a la niña tapándose los oídos y llorando a la vez que cerraba los ojos con fuerza.

-¿Qué es eso? ¿Tú haces esas cosas? ¡Que horror!

Natalia no comprendía nada de lo que María decía hasta que miró al televisor. Eran las 3 de la tarde y los informativos acababan de empezar. Imágenes de la guerra de Siria, refugiados muriendo de hambre, de hombres que habían asesinado a sus mujeres e hijos, de animales desapareciendo era todo lo que la pequeña acababa de ver en tan sólo unos minutos en forma de resumen.

-Pero cariño...- Natalia no tenía palabras.

Ella ya conocía este mundo, sabía todos los titulares que aparecerían ese día, y al día siguiente y al otro. Era cuestión de costumbre, todos los días lo mismo, pero no por ello no le llenaba de rabia ver todo aquello. Era la primera que gritaba al televisor por las injusticias que se cometían día a día, era ella la que lloraba más de una noche rezando a Dios que parara todo eso, era ella la que quería paz, quería amor, libertad, quería al ser humano viviendo feliz, quería a todos los seres humanos juntos y felices. Pero no podía hacer nada, no podía cambiar el mundo, y se sentía profundamente frustrada por ello. Ver a María llorar y taparse los oídos para no escuchar nada de eso

por la tristeza y el miedo que le provocaban era verse a ella, ver su propio reflejo. Decidió sentarse a su lado y abrazarla muy fuerte, decidió llorar también.

-No entiendo nada...-consiguió hablar María- ¿el mundo sigue así? ¡El mundo va a peor! ¡Y la gente! ¡Todos malos! No quiero vivir en este mundo, de verdad que no quiero...

Esas últimas palabras helaron el cuerpo de Natalia. Se pararon sus lágrimas en seco. Acababa de oír que una niña de 10 años quería morirse antes de vivir en aquel mundo, en seguida recuperó toda la fuerza que había perdido durante unos minutos y sin mediar palabra cogió a María en brazos y la llevó hasta su coche. La pequeña estaba tan perturbada que no se dio cuenta de que la estaban metiendo en uno de esos que ella llamaba monstruos y quedó dormida en el asiento de atrás.

Al despertarse se encontró apoyada en el regazo de María, en un escenario totalmente distinto, estaban en lo alto de una pequeña montaña y desde allí se veía todo Madrid que iba encendiendo sus luces conforme caía la tarde.

-Sé lo que has visto, y sé que es completamente horrible. El ser humano es así desde el principio de los tiempos, y conforme pasan y pasan los años parece que vamos a peor, ¿no pequeña?- sonrió con tristeza- yo también tenía miedo, mucho miedo... Y a veces todavía lo sigo teniendo. Pienso, ¿por qué somos así? ¿Por qué no nos amamos más y destruimos menos? Y pienso y pienso y lloro y sufro... Pero entonces llega el momento, llega el momento en el que me levanto y me digo: Natalia, no seas así, no consigues nada. Me levanto y parece que el sol ha empezado a brillar un poquito más, llamo a mis padres, esos que me han dado tanto y me han enseñado tanto, los veo y le digo todo lo que los quiero y me siento bien, me siento segura. Me levanto y quedo con mis amigos para tomarme algo y reírnos de cualquier tontería que hicimos el día anterior. Me levanto y no me quedo ignorante ante la cruel realidad del mundo, pongo mi granito de arena. Ayudo a aquellos que más lo necesitan y créeme cuando te digo que hay gente maravillosa en el mundo que ayuda de mil maneras distintas, que tienen un corazón enorme. Ayudo, me ayudan, y ayudamos juntos. Si ves a alguien llorando, a quien sea, aunque no lo conozcas, ¡ve y abrázalo! Si ves a alguien que pide ayuda, corre, ¡ve y dásela! Pero no gires la cabeza, no lo ignores, o te empezará a convertir en aquello que tanto odias... – los ojos de Natalia brillaban con fuerza a la vez que observaba el paisaje- ¡Mira María, mira dónde estamos, mira qué bien estamos! No todo son coches, y edificios enormes, aún quedan montañas a las que subirte, cerros preciosos a los que ir y merendar, donde puedes verlo todo desde arriba, y es que es así como tienes que ver los problemas pequeña, ¡siempre desde arriba! Cuidémoslo, cuidemos la bendita naturaleza que se nos ha dado, empezando por disfrutarla al máximo sin ensuciarla, sin dañarla...- hizo una pausa- No mires a la televisión y te quejes, llores o sufras sin hacer nada. Apágala, sal ahí fuera y comienza a mover el mundo.

Hubo un silencio muy intenso. Natalia acariciaba el pelo de María mientras ésta lloraba. Pero era un llanto distinto. Lloraba de alegría, por fin había encontrado la fuerza para luchar, para vivir, había encontrado esperanza. Lloraba tranquila y serena, como quien sabe que todo estará bien. Y así se volvió a dormir, pero esta vez durmió profundamente.

Al despertarse de nuevo, se encontró apoyada en el regazo no de Natalia sino de su madre, que al verla despertar la abrazó con fuerza.

-Estaba tan asustada... Pensé que te habías perdido y en cuanto me desperté salí a buscarte, luego te encontré aquí, tirada en medio del bosque y no sabía si estabas dormida o... -tenía la voz entrecortada.

-¡Mamá, hay esperanza!- la niña se levantó de un salto y comenzó a girar sobre sí misma- mira mamá, todos estos árboles, toda esta paz, ¡es precioso! ¡Tú eres preciosa! ¡Todo lo es!

La madre comenzó a reír al ver a su hija con tanta energía y fuerza. Sintió un gran alivio y toda la angustia que habían sentido madre e hija la noche anterior se mitigaron.

-Lo es hija mía, claro que lo es...